

mos de una vez, no perdamos el tiempo; sepárese vd. de mí y no me vuelva á ver jamás. Seré desgraciada, pero sabré guardar silencio. Váyase vd. y haga cuenta que no me ha visto nunca.

—Por vida mía que no te entiendo, Teodora: explícate y sé franca con el esposo que te adora. Alguno me ha calumniado; dime su nombre, deseo ver á ese perverso, deseo....

—¿Qué?

—Matarle, beber su sangre, saciar mi rencor, mi furia....

—Basta de palabras inútiles, de fingimientos groseros, interrumpió Teodora aparentando gravedad. Vuele vd. á los brazos de su primera esposa, de María, y no vuelva jamás á aparecer en este país. Si mañana encuentro á vd. en mi casa, ¡desgraciado! todo lo revelaré á mi padre.

Dicho esto, se alejó rápidamente. Almaraz la siguió con paso inseguro, y con voz balbuciente y casi sofocada, la decía:

—¡Teodora! ¡Teodora! estoy desesperado: yo te amo, espera; si no me escuchas me daré la muerte!

Y la voz de Teodora sonó á lo lejos diciendo:

—¡No es mala idea: la apruebo!

## IV.

## EL CABRÍO

Era de verse la bandada de gente que se dirigía á un paseo á orillas de San Angel, y cuyo nombre es "el Cabrío." Unos hombres iban montados en asnos y otros á pie, llevando señoras y conversando cada cual con su pareja; y es de suponer que no hablarían de las penas del infierno si no acaso de amor, que era lo más análogo á las circunstancias. En el campo es donde los cortesanos tratan de acercarse al pueblo ó más bien á la niñez. El opulento se fastidia de sus ceremonias simétricas y de sus conversaciones afectadas; se fastidia de los perfumes y de los brillantes, de la obscuridad lúgubre de los salones y del movimiento monótono del coche. Desea variar de alfombra, de tapices, de cabalgadura, de modales, y hasta de palabras: en el campo vuelve á la primera edad, baja desde su elevado puesto hasta el de la humilde pobreza, salta en la yerba con más gusto que en una alfombra; cambia su coche por un carro, su brioso caballo por un asno pacienzudo, su insolente lacayo por un indio joven y humilde, á quien tiene la bondad de dirigir de cuando en cuando una chanza,



aunque siempre con aire de protección. Entonces olvida sus cuidados, sus penas, sus horrendos martirios, porque, como el dolor y la riqueza van juntos, sólo despojándose de éstas puede el hombre aliviar el peso de aquel.

Empero no siempre se consigue esto: cuando los pesares son enormes, cuando el corazón se halla en una aflicción extrema, el campo y la libertad aumentan más y más el dolor, y entonces la desesperación, la melancolía profunda se posesiona enteramente del alma.

Almaraz no podía arrancar de su corazón el puñal que había clavado en él Doña Teodora. En un instante había visto desvanecerse ante sus ojos las riquezas, los honores, las dignidades que se prometía, y con los cuales pensaba vivir feliz. . . . ¡Feliz! . . . ¡Cuán necios son los que piensan encontrar la felicidad fuera de la paz y del sosiego; fuera del círculo de la virtud, estrecho y áspero en verdad, pero donde la conciencia está tranquila, donde no se ve ni se sueña más que contento y placer, ángeles deliciosos que giran en torno del hombre y que parecen remontarle hasta el firmamento! Preguntad á un niño si es feliz: os dirá que sí, porque los remordimientos no atormentan su alma; y aunque es verdad que tiene algunos disgustos, éstos son inseparables del hombre, porque en la tierra no hay felicidad completa, no hay

paz, no hay tranquilidad que no sea interrumpida á cada momento.

Pero los pesares de Almaraz eran terribles; su corazón y su mente estaban hundidos en un abismo oscuro y sin término, y parecía meditar una empresa atrevida y feroz: su rostro lo indicaba, sus miradas satánicas parecían decir: ¡Ay de aquel que detener pretenda mi carrera! . . .

Caminaba en aquel instante por un paso estrecho y agreste: por un lado una cerca con magueyes en lo interior, por el otro un barranco profundo, en cuyo fondo corría agua pura y cristalina que dejaba ver peñascos enormes y algunos árboles en los costados.

Poco tiempo después se oyó un ruido sordo y confuso como el que produce una pequeña cascada: lo era en efecto, y todos corrieron alborozados á gozar de las aguas espumosas y blanquecinas que caían haciendo estremecer un tanto la tierra.

Se dirigieron después á una pequeña arboleda que formaba un círculo, y donde al són de varios instrumentos de cuerda y tres flautas, se pusieron á bailar. Como no todos los concurrentes bailaban, se entretenían algunos de ellos en criticar á los demás ó en mortificar á un pobre cabrero loco que vive aún sin separarse de aquellos lugares y que es bien conocido por "tata José." Este infeliz, al acercarse la noche les decía:—Si no se van, se mojan: por el



norte viene una nube horrenda que va á descargar aquí sus aguas; el río saldrá de madre, y si no se aplaca la cólera de Dios, se perderá entre las olas el "Pedregal."

—¡Ha, ha, ha! ¡Ya es profeta tata Jusé!... ¿Y cuál es el norte?

—Este es el norte, dijo señalando con la mano, aquel es el oriente, éste el occidente, y el sur... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿no vendrá aquella faja de sangre?... Allí: entre aquellas nubes... ¡Desgracia!... ¡Desgracia!

Exclamando así echó á correr, y saltando por encima de las enormes lavas que forman lo que se llama "el Pedregal," se perdió de vista con asombro de los concurrentes que ya le veían casi caer en uno de aquellos precipicios.

El cielo comenzó á entoldarse rápidamente: caían algunas gotas de agua que azotaban el suelo y levantaban ligero polvo; á lo lejos se escuchaban los gritos de los pastores y los ahullidos de los lobos: uno que otro relámpago alumbraba de vez en cuando la tierra, y dejaba ver las cavidades hondas y negras, los precipicios profundos y peligrosos.

Los concurrentes se dispusieron á partir entre la confusión y la alarma, encendieron hachas y se dirigieron por el camino que les sirvió para venir, bien así como una procesión dilatada y fúnebre, ó como peregrinos en las catacumbas de Roma.

—¡Cuidado con la caída! era la única voz que se escuchaba y que repetían casi todos: prevención inútil ó poco necesaria, porque todos sabían que un paso mal dado era una muerte segura y horrorosa.

Manuel, que no había faltado al convite, pero que llegó tarde y no quiso presentarse á la concurrencia, permaneció retirado de ella, y al irse todos se quedó atrás siguiéndolos sólo con la vista, y como quien no hacía aprecio del huracán que se preparaba.

Mil ideas se revolían en su mente y le atormentaban el corazón. Andaba precipitado algunas veces, otras se detenía y se recargaba contra la cerca lleno de abatimiento. A veces levantaba los ojos al cielo ó los extendía al rededor de sí; á veces los fijaba inmóviles en el profundo barranco que tenía á sus piés, y cruzando los brazos parecía ver y no pensar en lo que veía. Su rostro taciturno se animaba por algunos momentos, y asomaba en sus pequeños labios una sonrisa fría y horrible, capaz de estremecer á un cadáver.

En esta situación triste y penosa estaba, cuando sintió una pesada mano que sobre su hombro caía, y una voz bronca y casi apagada que decía:—A vd. buscaba. Volvió la vista el joven y se encontró con un hombre envuelto en una capa, y que, como una fantasma horrendo, permanecía jun-



to de él sin moverse; al fin desembozándose el hombre, bruscamente le preguntó:

—¿Me conoces?

—No.

—Pero yo te conozco á tí.

—¿Qué quiere vd. decir con eso?

—Que no te nombras Manuel....

El joven comenzó á temblar; y el hombre continuó:

—Que yo te conozco bien y tú me conoces á mí, pero no tanto como me vas á conocer ahora.... ¿Quiéres saber nuestros dos nombres?....

—¡Piedad! exclamó Manuel cayendo de rodillas y abrazando las de su interlocutor. ¡Infeliz de mí! ten compasión de mi suerte, de mis agudos tormentos.... ¡Ah! no los aumentes más....

Peró el hombre sin atender á sus razones continuó:

—Es preciso arrancarnos la máscara y presentarnos uno al otro con la faz descubierta: basta ya de fingir. ¿Quiéres saber quién soy? ¿Quiéres saber quién eres tú?.... Yo me llamó Jacinto Almaraz; tú te llamas María: la que fué mi esposa en otro tiempo; la que se disfraza ahora para perseguirme; la que era mi bien, mi amor, mi existencia en otra época de nuestra vida; la que detesto en la actualidad como á los enemigos de mi padre; la que debe ausentarse de este país ahora mismo....

—¡Ahora mismo!....

—Sí, ahora mismo: tú no debes estar donde yo estoy; mi posición lo pide así; mi futuro engrandecimiento se pone en medio de los dos y nos separa: ya logré alcanzar á la fortuna; ¿crees que la he de soltar por tí?....

—Ya que rompes con tanta facilidad los nudos que hemos formado ante Dios, ya que cometes un crimen tan horrendo que un asesino se avergonzaria de cometer, no me arrojes con tanta inhumanidad, ten piedad de la que en otro tiempo amabas, de la que era la delicia de tu corazón y todo lo ha sacrificado por tí....

—¿Te falta dinero? dijo Almaraz metiendo la mano en su bolsa y sacando un puño de oro que había ganado el día anterior en el juego "casero;" toma este oro que basta para poder caminar unos días; después recibirás más y más hasta saciarte: pero ay de tí si sueltas una palabra!....

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó María sin levantarse y alzando el rostro al cielo, ¿es posible que me hayas arrojado al mundo sólo para padecer?.... Y luego, poniéndose en pie, dirigió la voz á Almaraz.— Nunca pensé que me envilecieras hasta tal extremo: yo desprecio tu oro y tus palabras....

—Y yo te desprecio á tí, interrumpió Almaraz encolerizado; yo te desprecio y te maldigo. Resuélvete pronto: no hay que



perder momentos: ó á partir de este país, ó á morir....

—¡A morir!.... ¡Oh! eso no es posible. Jamás creeré que des la muerte á la mujer que tanto te amó y te ama todavía, á la que vivía para complacerte, para adorarte....

—No quiero escuchar nada: no puedo perder la fortuna que ha caído en mis manos: resuélvete.

—¡Jacinto! ¡Jacinto! vámonos de aquí: todo te lo perdono con tal de que me vuelvas tu amor, con tal de que te arrepientas de tu crimen....

—¡Maldita sea mi suerte!.... ¿No escuchas esos gritos?.... ¿No miras aquellas luces?.... Ya vienen, ya vienen....

—Huyamos, Jacinto mío, mi esposo, huyamos....

—Ya vienen, ya se acercan, ya están aquí.... ¡si me encuentran contigo!.... ¡Satanás te confunda!....

Las luces se iban acercando. Los concurrentes habían extrañado á Almaraz, y venían algunos á buscarle. María se hincó, abrazó las rodillas de su esposo y exclamó llena de afán:

—No me separo de tí: yo te amo: que vengan: yo gritaré que eres mi esposo, yo pediré tu perdón.... ¡Pero separarme!....

—Es preciso, dijo Almaraz agitado y poniéndose pálido y sudoroso; es preciso, no

hay otro remedio: encomiéndate á Dios... ¡salva tu alma!....

Y diciendo así arrastró á María hasta el borde del precipicio.

—¡Perdón! ¡perdón! exclamaba la joven, no me des la muerte, no me asesines!!!....

Pero su voz se apagó, y sólo se oyeron algunos ayes y el golpe del cuerpo que se despedazaba contra las peñas....

D. Jacinto, al precipitarla, hizo mal el empuje, y vaciló de uno á otro lado; pero no pudiendo mantener el equilibrio, cayó también agarrándose velozmente de una rama, de donde quedó colgado.... Pedia socorro con gritos horribles; al mismo tiempo logró atrapar otra rama y poner los piés en la pared del precipicio; pero como estaba mojada y barrosa, resbalábanse en ella las plantas; Jacinto, sudando y esforzándose las volvía á colocar otra vez, y otra vez se le resbalaban. Un relámpago le alumbró por un momento: entonces se aumentó su terror; miró el precipicio profundo y lleno de rocas, y en el fondo el cuerpo despedazado de María. Entre tanto los hombres llegan: uno acerca la luz, otro le extiende una mano.... Almaraz deja ver en sus ojos el regocijo; su frente, ya cadavérica, se reanima; suelta una rama para dar su brazo, la otra se inclina, se troncha.... y sólo se oyó un gemido de muer-



te, el ruido de un cuerpo que caía de peña en peña, y el choque sordo de un cráneo que se estrellaba contra las rocas.

Noviembre 9 de 1837.



## La Procesión.

(México, 1836.)

Don Juan no es don Juan.

ROJAS.—EL AMO CRIADO.

UNA MADRE.

Véanse los balcones de una de las calles de S. Francisco bellamente adornados y sosteniendo porción de gente que esperaba con ansia la procesión del Corpus que debía de pasar por allí muy presto. Las personas que ocupaban los altos, se colgaban llenas de afán para poder atisbar á los que por la calle pasaban apiñándose hacia la sombra que les proporcionaba la vela, que estaba tendida no ciertamente para su co-